

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Josue Castillo Moreno
Aramahara Cervantes

“Manifiesto de Villa y las malteadas”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 65, julio-septiembre de 2023, pp. 47-48 y 65.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

En la llanura norteña del amplio espectro que es Chihuahua se encontraba el bar La patria de los desterrados. A dicho establecimiento acudía todo tipo de personas, era un ambiente cotidiano y sin alteraciones. En una ocasión, se encontraban dos personas platicando cuestiones familiares, tres individuos acompañados de sus propias penas, una mesa con un dormilón, y algunas otras sombras perdidas en botellas de cristal. Don Roberto, el cantinero, como de costumbre

Manifiesto de **VILLA** y las malteadas

**Josue Castillo Montero
y Aramahara Cervantes**

–Te contaré, ignorante amigo, sobre el manifiesto de Villa y las malteadas, con tres indispensables argumentos que te harán entender más a mi general, a esta dulce bebida y a la mismísima Revolución.

se encontraba puliendo un tarro cuando vio a Eulogio entrar, azotando las puertas y haciéndose notar con pisadas fuertes al compás de sus botas. Al ser un cliente frecuente, el pedido podía saberse con antelación: “Dos tequilas, medio de mezcal, la espuma de la cerveza, sal, orégano y un pequeño traste con pimienta y habas”.

La secuencia siempre era esa, acompañada de “servir, retirar, cobrar y recibir un agradecimiento cordial con el sombrero”. Cuando el cliente, un comandante retirado, llegó a la barra, su bebida ya estaba lista.

–Aquí tiene, mi comandante.

–Hoy no, gracias. Me gustaría pedir otra cosa.

Consternado y con una mirada triste por el repentino cambio en la rutina, el cantinero asintió con la cabeza en espera de nuevas indicaciones.

–Leche y fresas: quiero una malteada. Leche, fresas, hielo.

Échale un huevo. Ponle mezcal.

–¿Mezcal?

Don Roberto, queriendo ser fiel a su servicio al cliente, buscó la leche que normalmente tenía para las visitas domingueras de sus hijos. Guardaba algunas fresas en conserva. Encontró la máquina para malteadas en una “bodega”. Tardó bastante en preparar el pedido, porque en el baño de mujeres –la “bodega”– no había ninguna luz, ni baño, solo la bodega, y él necesitaba limpiar la maquinaria.

Una vez llevada la primera copa pasó a la segunda, justo antes de la tercera, la cuarta, una novena, y a la décima, el tan callado don Eulogio llegó al punto de soltarse a hablar sin pelos en la lengua. Las primeras palabras con sentido, con un poco de desorden, fueron: “así lo hubiera querido mi general”.

–¿Quién era su general? –preguntó el cantinero alistando la onceava copa.

–¿Pus’ quién más? Pancho Villa. En los tiempos donde se

tenían buenas causas y por ende buenos hombres, serví dentro del pueblo armado del norte.

Gente más interesante había pisado ese bar, personas más intelectuales ante los ojos vívidos del cantinero.

–¡Mi Pancho Villa era un chingón! Ese sí era un hombre. Con esta, esta malteada, siento que comparto su secreto de vida. Él sabía cosas, cosas del pueblo; es una pena que nuestros campesinos, los obreros, hasta los perros que están en el poder sean ignorantes de la importancia de esta bebida; todos merecen saber lo vital que fue para la Revolución mexicana.

Discúlpeme –respondió el cantinero sin tono de importancia; más que nada para dejar morir la plática y retomar el silencio cotidiano del bar–, pero no me imagino a un caudillo tomando esa bebida, para mujeres y niños, en plena refriega.

Al escuchar ese argumento, el militar sintió la obligación de explicarle dos cosas a su barista de confianza: que Villa tenía una amplia relación con las malteadas, y que eso no lo hacía menos hombre de lo que era, o fue.

–Te contaré, ignorante amigo, sobre el manifiesto de Villa y las malteadas, con tres indispensables argumentos que te harán entender



Francisco Villa y Pascual Orozco en la confitería Elite, El Paso, Texas, mayo de 1911.
Fotografía: Scott Photo Co. Fototeca del Centro INAH Chihuahua. Inv. RP_0886.

más a mi general, a esta dulce bebida y a la mismísima Revolución.

Número 1: del temple del hombre-héroe

¿Qué es un héroe? Es aquel que no traiciona los ideales que radican en el corazón del pueblo patrio y que cuida de él como a un hijo. Un héroe se vanagloria de servir a quien le ha dado lugar; es pensar en las máximas del hombre. De tantos hombres que pelearon en los sucesos más importantes de la historia del país, de la gran revolución a manos del pueblo, pocos son los que pueden con facilidad moral llamarse héroes. Ahí mismo se encuentra el representante principal del pueblo, don Francisco Villa, mi general, quien libró las más cruentas batallas junto a la División del Norte; peleó contra los sin patria, como el *Chacal* de Huerta; también se enfrentó heroicamente contra las

amenazas externas de la patria en Columbus y sus alrededores.

El heroísmo de un hombre no radica solo en su estrategia sino en su humanidad. ¿Qué hombre arriesga su vida por una bebida? Un loco, pero ¿qué clase de hombre vende la patria a extranjeros gachupines? Ese es un dictador. Y, ¿qué hombres arriesgan el título de guerreros de la patria por mantener una silla con olor a desechos de tantos que se han muerto sentados en ella? Unos falsos patriotas.

Mi general Pancho Villa era un héroe, el mismo que peleó muchas veces por una malteada de fresa considerada para mujeres y niños. Dicha bebida lo impulsó a cerrar cantinas y bares clandestinos para evitar el alcoholismo excesivo en nuestro país. Además de pelear porque cada cual tuviera lo necesario, como libertad, comida y escuela, mi comandante, he de imaginar, soñaba con malteadas

de fresa para todo México. Ese es el valor de un héroe, soñar por todos y pelear por sí mismo.

Para este punto, algunos compatriotas desterrados habían volteado ante el escándalo, e incluso un personaje de traje entró en la cantina a unirse al zafarrancho que tenía aquel villista. Cuando vio terminado el discurso, se dirigió al cantinero y se presentó, pidió la misma malteada y empezó a dialogar con el comandante.

El cantinero, que ya estaba hasta el colmo de lidiar con un obstinado borracho, ahora también debía soportar al compañero que seguía el tema del otro.

—Fue entonces —narraba el comandante— cuando las batallas de Celaya estaban cubiertas del golpeo de pezuñas, señor, pezuñas que de seguro valían más que los casquillos de esos cuantos cobardes que se escondían detrás del

acero. Ninguno de ellos tenía la mínima valentía necesaria para llamarse mexicano, cada uno de nosotros valía cien de ellos, sí señor.

—Pero valían más que los constitucionalistas, servidores del dinero, don Eulogio —respondió el trajeado Edmundo Orozco—. ¡Ustedes valían más que los pedantes que hablaban de una revolución finalizada con el partido! Yo, que he podido estudiar nuestro pasado, puedo decir sin temor a equivocarme que no hay Revolución sin Villa, sin Zapata, pero sobre todo, sin la justicia que ellos y yo, nosotros, queremos.

—Pero ¿qué sabe usted de justicia? Nomás ha de saber de leyes, pero no de justicia.

—¡Se equivoca! El mismo caudillo sabía de lo que se trataba la Revolución, y eso es de la ley.

De un momento a otro, el traje tomó sentido: el abogado don Edmundo Orozco argumentó su postura ante la absurda callada dicha por el comandante.

Número 2: la justicia moral y legal

Me atrevo a decir y a afirmar que la grandeza de la causa en ocasiones no puede ser comprendida por la ley. En casos como la Revolución mexicana, más que legislada y hablada en congresos debía ser pasada por las armas, por la fuerza de aquellos que auténticamente eran justos en hablar, en accionar y en perpetuar la causa. Hombres como Francisco Villa son los que deben ser exculpados de cualquier delito, de cualquier farsa antirrevolucionaria ante la ley, la sociedad y la historia misma de México. Si bien en tiempos de paz debe ser penado fusilar a un traidor y masacrar al lastre social, en tiempos de guerra estaba no solo permitido, era algo irrelevante. A la ley la precede la justicia,

y la justicia va de la mano con el enfrentamiento armado.

El general atacó al país extranjero que por décadas había sido el peor amigo de nuestra tierra, lo hizo en pro de nuestra gente buscando la liberación del pueblo. Esta justificación universal es parte de Doroteo Arango, pero, en específico, de su acción. Quien puede ser sensible con la justicia puede mover al pueblo, así como quien posee el gusto por las malteadas tiene el derecho a disfrutar una.

Después de este discurso algo de respeto se generó entre ambos. En ocasional silencio se saludaron con un apretón de manos, fuerte, pero honesto, como si hubieran peleado codo a codo en alguna trinchera.

El cantinero se sintió contagiado de la espontánea fraternidad entre los villistas borrachos. Mientras limpiaba las copas vacías, prestó atención al último punto del manifiesto que, entre los dos hombres ajusticiados por el alcohol, se complementaron uno al otro en su algarabía para coincidir en las siguientes palabras:

Número 3: el maestro de vida

El general, antes de ser balaceado, jugaba un papel importante para el país: ser un sostén para la estabilidad moral y política. Creemos firmemente que, si estuviera vivo, querría que creyeran firmemente en su buen actuar. Cuestionarse, antes de fusilar a un ser, ¿para qué?, ¿cuál es la causa? Panchito Villa no ejecutaría a un igual, a quien pelee por la justicia, por la moral, por los beneficios económicos, por el pueblo, y que

también se deleite con una malteada de fresa. Todos, en manos de Dios, nos hemos de encontrar con las mismas cualidades. Es casi profético: abrazar con entusiasmo a quien hable de justicia y pelea por ella, a quien no beba alcohol pero sí malteadas.

Don Eulogio acabó el discurso al mismo tiempo que su onceava malteada y gritó: ¡Por mi generálísimo general Doroteo Arango! La multitud, consternada por el hilarante e improvisado discurso, regresó a su silenciosa soledad. Minutos más tarde Eulogio y Edmundo salieron del bar. El cantinero, aún pensativo por el discurso previo, encontró una servilleta con el manifiesto de Villa plasmado en ella.

Al siguiente día, se anunciaba que el bar La patria de los desterrados había cerrado. La única explicación se encontraba en las puertas de la cantina, con una hoja titulada “Manifiesto de Villa y las malteadas”. Así inició la leyenda de que en una calle de la colonia Nombre de Dios, el espíritu de Villa se presentó y clausuró su última cantina. **LPyH**

Josue Castillo Montero tiene intereses, habilidades y logros misceláneos. Fan de participar en cualquier voluntariado posible y organizar uno que otro evento. Su interés particular es la gestión cultural. Estudió una licenciatura en algo llamado Historia en alguna universidad pública.

Aramahara Cervantes (Tepic, 1999) es licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV. Aspirante a lingüista. Participa en eventos de difusión cultural y le gusta hablar en público.